

Unas lápidas

Es verdad que Florencia bien vale una escapada. Ya había estado antes, cuando trabajé en S. Fernando. Debió ser por el 1995. Recordaba algunas cosas y otras no, pero no creo que sea olvido, sino que no llegara a visitarlas. Eso me pasó con Sta María de Novella. El espectacular crucificado de Giotto que contiene esa iglesia difícilmente se me hubiera olvidado. Tampoco el claustro donde se encuentra la capilla de los españoles. Siento debilidad por los claustros, pero por los anteriores al renacimiento. Éste debió ser de los inicios del renacimiento pero bonito a mi gusto, equilibrado, así que lo disfruté. En él vi algo que me llamó la atención. Al igual que se utilizó el suelo de las iglesias para enterramientos, los claustros también fueron utilizados, y hay muchos dominicos sepultados en este claustro. Dominicos porque fueron ellos los que habitaron esas dependencias. Me llamaron la atención algunas tumbas sin nombre. Cómo es posible que un mismo claustro contenga la capilla de los españoles, que es una sala monumental, con unos frescos impresionantes (deteriorados, pero impresionantes) donde yacen enterrados dominicos de noble abolengo castellano; y a unos cuantos metros estén enterrados los huesos de alguien que seguramente no quiso que se escribiera su nombre en la lápida. No escribir nada en una lápida. Querer ser NADA con mayúsculas, porque parece que si queda el nombre, algo queda. Pasé a imaginarme el tipo de persona que debieron ser esos religiosos que ni siquiera sus nombres quisieron dejar para la posteridad, opuestos diametralmente a los nobles de la capilla. Seguramente fueron monjes dedicados a tareas cotidianas de la vida del convento: huerta, limpieza, enfermos, etc. No veo así a los castellanos. Me imaginé también la posibilidad de poder hablar con unos y con otros, con hacerme uno más del grupo y tener la oportunidad de preguntarles sobre su visión de todo. Este tipo de ejercicios de imaginación me gustan. Recuerdo una frase de Asimov, el popular físico nacionalizado americano que dijo algo parecido a: "Fuera

de mi cabeza hay pocas cosas realmente interesantes". No soy de su opinión, creo que fuera de mi cabeza hay muchas cosas realmente interesantes, pero también disfruto mucho con esa prodigiosa herramienta que todos tenemos. Paseando el claustro me dediqué a imaginarme la diferencia entre unos y otros en muchos aspectos de la vida. También en el religioso. Seguramente unos serían cultos y otros no (por las posibilidades familiares), unos serían refinados en sus modales, y seguramente los otros no. Diferencias que la muerte finalmente difumina, porque la muerte es de todos, aunque los enterramientos sigan siendo distintos. Llegué a la conclusión de que me hubiera gustado más hablar con mis anónimos amigos. No es que un noble castellano del renacimiento no sea de mi interés, pero creo que cuando uno muere empieza a ser realmente anónimo. Un recuerdo si acaso en la gente que te quiso. Al igual que dejas todo lo que poseías también tu nombre deja de pertenecerte, sencillamente porque ya no eres. Esos monjes los imagino sencillos, inteligentes, coherentes con su elección. No hubiera desaprovechado la ocasión de preguntarles.

Aquí tenéis (o tienes) el cristo de Giotto. Un poco movido porque no se podía utilizar el flash.



